

UNA VEZ MÁS ACERCA DE LOS SINDICATOS, EL MOMENTO ACTUAL Y LOS ERRORES DE LOS CAMARADAS TROTSKI Y BUJARIN.

Lenin

¿Por qué es más sencilla la militancia política que la lucha sindical?

Consejo de redacción

Puede parecer extraño hoy que el texto hayamos escogido para Nuestros Clásicos participe del debate que se produjo a finales del año 20 y comienzos del 21 sobre la función de los sindicatos en una sociedad socialista –de transición al comunismo–, mientras que cogen polvo otros textos de Lenin, Rosa Luxemburgo o Trotski que analizan la lucha sindical bajo las relaciones de producción capitalista. Sin embargo, los matices que la polémica fraccional obliga a introducir a Lenin nos van a permitir afilar también nuestro análisis de la función de los sindicatos en el capitalismo y, sobre todo, de su relación con una política anticapitalista.

La polémica comienza con el fin de la guerra civil y la constatación del paso de la guerra a la batalla económica y la función que los sindicatos tienen en ella:

¿Están convencidos los miembros de los sindicatos y la mayoría de los sin partido de que son necesarios nuestros nuevos métodos y nuestras grandes tareas de fomento de la economía? ¿Están convencidos de todo eso igual que lo estuvieron de darlo todo para la guerra, de sacrificarlo todo en aras de la victoria en el frente de la guerra? Si planteamos así la cuestión, deberéis responder: Indudablemente, no. No están convencidos de ello, ni mucho menos, en el grado necesario. (Lenin, Informe al VIII Congreso de Todos los Sóviets).

La línea del CC y la de Lenin está definida por la «propaganda en el terreno de la producción», es decir, la necesidad de hacer comprender las tareas de reconstrucción económica a las masas, incluidas las masas sindicadas. Para el CC la función de los sindicatos era triple, como queda recogida en el informe de Rudzutak: la propaganda en el terreno de la producción, el control de la producción mediante el sistema de premios en especie y la progresiva ampliación de la participación de los trabajadores en la gestión de la industria. De hecho, Lenin consideró en todo momento inútil el debate sobre la función del sindicalismo que plantean Trotski y Bujarin y si entró en él fue por el riesgo fraccional que aparece claramente en nuestro artículo.

Podemos resumir las posiciones en el debate, además de la de Lenin, en estas tres:

1) Trotski defiende la pertinencia de la militarización de los sindicatos, el «sacudimiento» de sus

estructuras con sustituciones de los dirigentes y con la inclusión de éstos, en mayor o menor número en las estructuras de administración –de fondo queda el funcionamiento del Sindicato del Transporte, CECTRAN, que había sido acusado por el CC de burocratismo.

2) Bujarin, sobre el que se vierten ácidas críticas, plantea una solución intermedia, llamado «grupo de tope» en la que al mismo tiempo que se defiende la tesis de la propaganda en la producción mantiene incólume la inclusión de los sindicatos en la estructura del Estado –en el Aparato de Estado– de Trotski.

3) La posición de la oposición obrera, que queda medio oculta en este artículo pero reaparecerá con toda claridad en el X Congreso, que defendía directamente el control sindical de la industria dejando al partido como mero garante de la «pureza política».

Para aclarar las posiciones de Lenin y dónde se sitúan sus matices hemos de recurrir al discurso «Sobre los sindicatos, el momento actual y los errores del camarada Trotski» de 30 de diciembre de 1920 –apenas unas semanas previas al que presentamos y del que reproducimos dos fragmentos:

De una parte, al abarcar, al incluir en las filas de la organización a la totalidad de los obreros industriales, los sindicatos son una organización de la clase dirigente, dominante, gobernante; de la clase que ejerce la dictadura, de la clase que aplica la coerción estatal. Pero *no es una organización estatal, no es una organización coercitiva; es una organización educadora, una organización que atrae e instruye; es una escuela, escuela de gobierno, escuela de administración, escuela de comunismo*. Es una escuela de tipo completamente excepcional, pues no se trata de maestros y alumnos, sino de *cierta combinación original en extremo de lo que ha quedado del capitalismo*, y debía quedar sin falta, y de lo que promueven de su seno los destacamentos revolucionarios avanzados, por decirlo así, la vanguardia revolucionaria del proletariado. Pues bien, hablar del papel de los sindicatos sin tener en cuenta estas verdades significa llegar ineluctablemente a una serie de inexactitudes. [...]

Pues bien, dado este género de Estado, que ha cristalizado en la práctica, ¿los sindicatos no tienen nada que defender?, ¿se puede prescindir de ellos para defender los intereses materiales y espirituales del proletariado organizado en su totalidad? Esto es falso por completo desde el punto de vista teórico. [...] Nuestro Estado de hoy es tal que el proletariado organizado en su totalidad debe defenderse, y *nosotros debemos utilizar estas organizaciones obreras para defender a los obreros frente a su Estado y para que los obreros defiendan nuestro Estado*. Una y otra defensa se efectúa a través de una combinación original de nuestras medidas estatales y de nuestro acuerdo, del «enlazamiento» con nuestros sindicatos. [Los subrayados son nuestros]

De estos dos fragmentos extraemos tres conclusiones claves:

1. Los sindicatos son estructuras capitalistas que perviven en las sociedades de transición;
2. Que no pertenecen al Aparato de Estado pero que mantienen relación con el Estado, es decir, son un Aparato Ideológico de Estado;
3. Que poseen dos funciones: respecto al partido es una escuela de comunismo y frente al Estado –y, por supuesto, la empresa privada– son los defensores de los intereses materiales y espirituales de la clase obrera.

Esta relación con el Estado y con el Partido son las que debemos utilizar para comprender adecuadamente la función de los sindicatos en las sociedades capitalistas en toda su complejidad de Aparato Ideológico de Estado (AIE). Los sindicatos, en este caso los sindicatos de clase, conviven con el resto de sindicatos (sindicatos corporativos, sindicatos de empresa) y organizaciones (la patronal, por ejemplo) dentro de un mismo AIE. Esta dificultad los sindicatos de clase la comparten con los partidos revolucionarios en las sociedades burguesas y, por eso, el problema del «enlazamiento», esto es, de la relación entre partido y sindicato es el horizonte que no debemos olvidar en todo el análisis del sindicalismo; por otra parte eje de la polémica sobre los sindicatos que estamos tratando. En el sentido que ambos deben utilizar, someterse y eludir el funcionamiento jurídico-político del Estado burgués.

Si seguimos a Lenin en la cita anterior, la función central de los sindicatos respecto a la lucha de clase obrera es la defensa de los intereses materiales de los trabajadores frente a la empresa y al Estado de clase que legisla contra ella en la sociedad capitalista. Y esto por dos motivos:

1) Porque es en la lucha por los intereses materiales donde la clase obrera *puede entrar* en la lucha objetiva contra el sistema capitalista. Rosa Luxemburgo, *Huelga de masas, partido y sindicato*, ya afirmaba que el paso a la lucha política comenzaba por la lucha económica sindical. Esto es

importante resaltarlo porque ciertas formas de lucha que anteponen cuestiones políticas a los intereses materiales (la lucha por una escuela pública frente a la concertada es un claro ejemplo, con implicaciones sobre el concepto de Estado capitalista devastadoras), entrando en un hiperpoliticismo inane que se desembocan cumplir un calendario de efemérides con actos llenos de ingenio y vacíos de sustancia como si hubiese un doble rasero moral sobre las reivindicaciones «cualitativas», abnegadas y universales, o reivindicaciones «cuantitativas» o secundarias, cuando no, mezquinas.

En este giro que prima la proclama política a la lucha material subyace uno de los principales errores en los que caen los sindicatos y movimientos sociales hoy día: la preeminencia que se da a la dominación política frente a la explotación económica. Giro, insistimos, con un componente de clase pequeñoburgués obvio, que olvida que la represión política está al servicio de la explotación económica.

En palabras de Althusser:

La lucha de clase económica, que no puede decidir por sí sola la batalla decisiva por la revolución socialista, a saber, la batalla por la toma del poder del Estado, no es una lucha secundaria ni subordinada. Es la base material de la lucha política misma.

Por otra parte, que la lucha política esté enraizada y que deba construirse sobre las luchas materiales de los trabajadores no puede confundirse con que la línea política del sindicato sea la mera lucha económica. Es decir, contra el debate absurdo sobre la politización o no de los sindicatos, el «tradeunionismo» no es la defensa de la independencia de los sindicatos de un partido, sino una línea política de relación entre partido de clase y sindicato de clase.

2) Y éste es el segundo aspecto del sindicalismo: escuela de comunismo. Y éste no es otro problema que la relación entre el partido y el sindicato. Si en un Estado de transición la relación de partido y sindicato es el de escuela de cuadros, en un Estado burgués el Partido no debe sólo sostener las luchas sindicales, debe marcar la línea política de esa base material que permite la lucha.

Sólo ahora cobra sentido la pregunta que titula esta presentación: ¿por qué es más sencilla la militancia política que la sindical? Sencillamente porque la ausencia de lucha en el espacio de la explotación capitalista –así como el sobretrabajo en los sectores improductivos de la economía– separa la base material de la misma lucha política. Y esto por varios motivos: primero, como venimos diciendo, hace prevalecer, cuando la convierte en la única lucha posible, la dominación política sobre la explotación económica; segundo, impide que el partido mantenga una línea de masas apropiada puesto que queda fuera de los centros de trabajo; tercero, porque limita la lucha política a las condiciones del marco de la democracia burguesa.

El capitalismo ha parecido reconocer, ya desde su triunfo en la Revolución Francesa, este papel central de la lucha sindical en la construcción de una política transformadora por lo que reprime con mucha más violencia y autoridad la lucha sindical que la lucha política. Y, cuando no puede reprimir esa lucha sindical, la desvincula de la consecuencia política. Por eso, no nos puede sorprender que la marcha sobre Madrid de los mineros, el 22-M o la lucha de los trabajadores de Coca-Cola (por citar tres ejemplos) no hayan tenido repercusiones políticas reales, porque, contra lo que se afirma desde la socialdemocracia, el sindicalismo no es en sí el movimiento obrero, sino que necesita es línea dirigente que le tiene que dar contenido político a la lucha por los intereses materiales de los trabajadores.

Hacer descansar la dirección de la lucha de los trabajadores en el sindicato es tan inútil como llenar los sindicatos de reivindicaciones políticas grandilocuentes que desdeñan por secundarias las luchas por los intereses materiales. Hemos de reconocer que la tesis central de esta presentación no es novedosa, pero aparece olvidada en la discusión sobre el sindicalismo actual (por ejemplo, «La crisis del sindicalismo» en *Fort Apache* 9 de agosto de 2014): sólo una relación íntima entre el partido (o la forma que adopte la organización de la lucha política ahora) y la lucha sindical basada en la defensa de los intereses materiales de los trabajadores (y no sólo como baluarte de la defensa de «valores universales» cualitativos de colaboración de clase) puede realmente minar las relaciones de producción capitalistas y construir un proyecto que acabe con la explotación capitalista.

Una vez más acerca de los sindicatos, el momento actual y los errores de los camaradas Trotski y Bujarin.

I. Acerca de las discrepancias de principios.

Pero si existen discrepancias cardinales y profundas de principios -podrán decirnos-, ¿es que no justifican incluso las intervenciones más bruscas y fraccionales? Si hay que decir algo nuevo e incomprensible, ¿no justifica eso, a veces, hasta la escisión?

La justifica, naturalmente, si las discrepancias son, en efecto, profundas en extremo y si la dirección equivocada de la política del partido o de la clase obrera no se puede corregir de otra manera.

Mas el quid está, precisamente, en que tales discrepancias no existen. El camarada Trotski se esforzó por señalarlas, pero no pudo. Y si *antes* de aparecer su folleto (25 de diciembre) se podía -y se debía- hablar convencional y conciliadoramente («no se puede enfocar así la cuestión, incluso en el caso de que haya tareas nuevas incomprensibles, de que haya discrepancias»), *después* de haber aparecido ha habido que decir: en lo que tiene de nuevo, el camarada Trotski no lleva razón en esencia. Esto puede verse con la mayor claridad al comparar las tesis del camarada Trotski con las de Rudzutak, aprobadas por la V Conferencia Sindical de toda Rusia (2-6 de noviembre). Las cité en mi discurso del 30 de diciembre y en *Pravda* del 21 de enero. Estas tesis son más acertadas y completas que las de Trotski. Lo que diferencia las tesis de Trotski de las de Rudzutak es erróneo en Trotski.

Analícemos, para empezar, la decantada «democracia en la producción», que el camarada Bujarin se apresuró a incluir en la resolución del CC del 7 de diciembre. Está claro que sería ridículo tomarla con este término torpe y artificial («florituras»), propio de intelectuales, si se hubiera empleado en un discurso o en un artículo. ¡Pero es que Trotski y Bujarin se han colocado ellos mismos en la ridícula posición de *insistir en las tesis* precisamente en este término, que diferencia sus «plataformas» de las tesis de Rudzutak aprobadas por los sindicatos!

Ese término es desacertado desde el punto de vista teórico. Toda democracia, como toda superestructura política en general (ineluctable mientras no se culmine la supresión de las clases, mientras no se cree la sociedad sin clases), sirve, en última instancia, a la producción y está determinada, en última instancia, por las relaciones de producción de la sociedad dada. Por eso, separar «la democracia en la producción» de cualquiera otra democracia no dice nada. Es un embrollo y una vacuidad. Eso, primero. Segundo. Ved cómo explica el propio Bujarin ese término en la resolución, escrita por él, de la sesión plenaria del CC del 7 de diciembre. «...por eso -escribió Bujarin allí-, los métodos de la democracia obrera deben ser los métodos de la democracia en la producción. Esto significa»... (¡Fijaos en «esto significa»! Bujarin empieza su alocución a las masas con un término tan enrevesado que hace falta *explicarlo especialmente*; a mi juicio, desde el punto de vista de la democracia, eso *no es democrático*; hay que escribir para las masas sin emplear términos nuevos que requieran una explicación especial; desde el punto de vista de «la producción», eso es perjudicial, pues obliga a perder tiempo en vano para explicar un término innecesario); «esto significa que todas las elecciones, la presentación de candidatos, el apoyo a éstos, etc., deben efectuarse desde el punto de vista no sólo de la firmeza política, sino también de las aptitudes administrativas, de la antigüedad en la administración, de las dotes de organizador y de la preocupación, comprobada en la práctica, por los intereses materiales y espirituales de las masas trabajadoras».

Este razonamiento es evidentemente forzado y erróneo. Democracia no significa sólo «elecciones, presentación de candidatos, apoyo a éstos, etc.» Eso, por un lado. Y, por otro, no todas las elecciones deben efectuarse desde el punto de vista de la firmeza política y de las aptitudes administrativas. Es

preciso también, a despecho de Trotski, tener en una organización de millones cierto porcentaje de intercesores, burócratas (durante muchos años no podremos pasarnos sin buenos burócratas). Pero no hablamos de democracia «intercesora» o «burocrática».

Tercero. Es erróneo mirar únicamente a los elegidos, a los organizadores, administradores, etc., pues, a pesar de todo, son una minoría de hombres destacados. Hay que mirar a los hombres sencillos, a la masa. En las tesis de Rudzutak eso está expresado no sólo con mayor sencillez y claridad, sino también más acertadamente desde el punto de vista teórico (tesis 6): «...es preciso que cada trabajador comprenda la necesidad y la conveniencia de las tareas que cumple en la producción; es preciso que cada productor no sólo participe en el cumplimiento de las tareas señaladas desde arriba, sino que tome parte conscientemente en la corrección de todas las deficiencias, técnicas y de organización, en el ámbito de la producción».

Cuarto. «La democracia en la producción» es un término que puede dar lugar a falsas interpretaciones. Puede ser entendido como negación de la dictadura y de la dirección unipersonal. Puede ser interpretado en el sentido de aplazar la democracia corriente o de eludirla. Ambas interpretaciones son perjudiciales, y para no incurrir en ellas será inevitable hacer largos comentarios especiales.

La sencilla exposición de las mismas ideas en las tesis de Rudzutak es más acertada y esquiva todos esos inconvenientes. Y Trotski, en su artículo «La democracia en la producción», publicado en *Pravda* el 11 de enero, lejos de refutar la existencia de esos desaciertos e inconvenientes (elude toda esta cuestión, no compara sus tesis con las de Rudzutak), por el contrario, confirma de manera indirecta la inconveniencia y el desacierto de su término precisamente al establecer un paralelo entre él y «la democracia militar». Por fortuna, jamás hemos entablado, que yo recuerde, discusiones fraccionales a causa de este término.

Más desafortunado aún es el término de Trotski «atmósfera de producción». Zinóviev se rio de él con razón. Trotski se enfadó mucho y objetó: «En nuestro país ha habido atmósfera militar... Ahora debe crearse en la masa obrera, en sus entrañas, y no sólo en la superficie, una atmósfera de producción, es decir, la misma tensión, el mismo interés práctico y la misma atención por la producción que los que existieron por el frente...» De eso precisamente se trata, de que hay que hablar «a la masa obrera, a sus entrañas» como se habla en las tesis de Rudzutak, y no empleando palabras como «atmósfera de producción», que suscitarán perplejidad o una sonrisa. En el fondo, al emplear las palabras «atmósfera de producción», el camarada Trotski expresa la misma idea que el concepto de propaganda en el terreno de la producción. Pero precisamente para la masa obrera, para sus entrañas, hay que hacer esta propaganda de modo que se eviten semejantes expresiones. Esta expresión es un modelo de cómo *no* se debe hacer la propaganda de la producción entre las masas.

II. Política y economía. Dialéctica y eclecticismo.

Es extraño que tengamos que plantear de nuevo esta cuestión tan elemental, tan rudimentaria. Por desgracia, Trotski y Bujarin nos obligan a hacerlo. Ambos me acusan de que «la sustituyo» con otra o la enfoco «políticamente», mientras que ellos la enfocan «económicamente». Bujarin incluso ha introducido eso en sus tesis y ha intentado «elevarse por encima» de ambos disputantes, como diciendo: yo junto lo uno y lo otro.

La inexactitud teórica es flagrante. La política es la expresión concentrada de la economía, repetí en mi discurso, pues había oído ya antes este reproche, absurdo y absolutamente inadmisibles en labios de un marxista, por mi enfoque «político». La política no puede dejar de tener supremacía sobre la economía. Pensar de otro modo significa olvidar el abecé del marxismo.

¿Quizá sea errónea mi valoración política? Decidlo y demostradlo. Pero decir (o admitir incluso indirectamente la idea) que el enfoque político es equivalente al enfoque «económico», que se puede tomar «lo uno y lo otro», significa olvidar el abecé del marxismo.

Digámoslo con otras palabras. El enfoque político significa: si se adopta una actitud equivocada ante los sindicatos, eso hundirá el Poder soviético, la dictadura del proletariado. (La disidencia entre el partido y los sindicatos, en el caso de que el partido no tuviese razón, daría sin duda al traste con

el Poder soviético en un país campesino como Rusia.) Se puede (y se debe) comprobar a fondo este razonamiento «es decir» analizar, calar hondo y decidir si semejante enfoque es justo o injusto. En cambio, decir: «aprecio» su enfoque político, «*pero*» es sólo político, y lo que necesitamos es un enfoque «*también* económico», equivale a decir: «aprecio» su razonamiento de que, al dar tal paso, se romperá usted la crisma, *pero* sopesese asimismo la circunstancia de que es mejor estar ahíto y vestido que hambriento y desnudo.

Bujarin ha caído teóricamente en *el eclecticismo* al predicar la unión del enfoque político y del económico.

Trotsky y Bujarin presentan las cosas como si ellos se preocuparan del aumento de la producción y nosotros sólo de la democracia formal. Eso es falso, pues la cuestión se plantea (y, a lo marxista, *puede* plantearse) *únicamente* así: sin un acertado enfoque político del problema, la clase dada no mantendrá su dominación *y, por consiguiente*, tampoco podrá cumplir *su tarea en la producción*.

Más concretamente. Zinóviev dice: «Cometéis un error político al llevar a escisiones en los sindicatos. Del aumento de la producción hablé y escribí ya en enero de 1920 citando como ejemplo la edificación de una casa de baños». Trotsky le responde: «¡Valiente cosa (pág. 29), escribir un folleto con el ejemplo de la edificación de una casa de baños!; pero no dice «una palabra», «ni una sola palabra» (pág. 22), de qué deben hacer los sindicatos».

No es cierto. El ejemplo de la casa de baños vale, y perdonad por el juego de palabras, diez «atmósferas de producción» con varias «democracias en la producción» por añadidura. El ejemplo de la casa de baños dice con claridad y sencillez, precisamente para las masas, para «sus entrañas», qué deben hacer los sindicatos, en tanto que «las atmósferas de producción» y «las democracias en la producción» son partículas de polvo que ciegan los ojos de las masas obreras y dificultan su comprensión de los problemas.

El camarada Trotsky me reprochó también que «Lenin no ha dicho ni una palabra» (pág. 66) del «papel que desempeñan y deben desempeñar las palancas denominadas aparato de los sindicatos».

Perdón, camarada Trotsky: al leer íntegramente las tesis de Rudzutak y adherirme a ellas, hablé de eso *más y de manera más completa acertada, sencilla y clara* que todas las tesis de usted y que todo su informe o coinforme y su discurso de resumen. Porque, repito, los premios en especie y los tribunales disciplinarios de honor tienen cien veces más importancia para dominar la economía, para dirigir la industria y elevar el papel de los sindicatos en la producción que las palabras, totalmente abstractas (y, por ello, huera), sobre «la democracia en la producción», «el enlazamiento», etc.

Con el pretexto de presentar el punto de vista «de la producción» (Trotsky) o de superar la unilateralidad del enfoque político y unir este enfoque con el económico (Bujarin), se nos ha dado: 1) el olvido del marxismo, expresado en la definición ecléctica, teóricamente falsa, de la relación de la política con la economía; 2) la defensa o el encubrimiento del error político expresado en la política de sacudir los sindicatos, error que impregna de cabo a rabo *todo* el folleto-plataforma de Trotsky. Y este error, si no se reconoce y corrige, *lleva* a la caída de la dictadura del proletariado; 3) un paso atrás en la esfera de las cuestiones puramente de producción, económicas, de las cuestiones relativas a cómo aumentar la producción; precisamente un paso atrás respecto a las *eficientes* tesis de Rudzutak, que señalan tareas concretas, prácticas, vitales y actuales (impulsad la propaganda en el terreno de la producción, aprended a distribuir bien los premios en especie y a aplicar con mayor acierto la coerción en forma de tribunales disciplinarios de honor); un paso atrás hacia *tesis* generales, abstractas, «vacías», falsas teóricamente y formuladas a lo intelectual, *olvidando* lo más eficaz y práctico.

Tal es, en efecto, la relación existente entre Zinóviev y yo, por un lado, y Trotsky y Bujarin, por otro, en cuanto a la cuestión de la política y la economía.

Por eso no pude leer sin sonreír la objeción que me hizo el camarada Trotsky el 30 de diciembre: «El camarada Lenin ha dicho en el VIII Congreso de los Soviets, en su discurso de resumen de la discusión sobre el informe acerca de nuestra situación, que necesitamos menos política y más economía, y en cuanto a los sindicatos ha planteado en primer plano el aspecto político de la cuestión» (pág. 65). Estas palabras le parecieron al camarada Trotsky «extraordinariamente certeras». En realidad, expresan

el más espantoso embrollo de conceptos, «una confusión ideológica» verdaderamente infinita. En efecto, yo siempre he expresado, expreso y expresaré el deseo de que nos dediquemos menos a la política y más a la economía. Pero no es difícil comprender que para cumplir estos deseos es preciso que no haya peligros políticos *ni errores políticos*. Los errores políticos que ha cometido el camarada Trotski, y que ha profundizado y acrecentado el camarada Bujarin, *distraen* a nuestro partido de las tareas económicas, de la labor «de producción»; *nos obligan, lamentablemente, a perder tiempo* en corregir esos errores, en discutir con la desviación sindicalista (que conduce a la caída de la dictadura del proletariado); a discutir contra el enfoque equivocado del movimiento sindical (que lleva a la caída del Poder soviético), a discutir en torno a «tesis» generales, en vez de entablar una discusión eficiente, práctica, «económica» acerca de quién ha dado mejor y con mayor acierto los premios en especie, ha organizado los tribunales y ha llevado a cabo el enlazamiento sobre la base de las tesis de Rudzutak aprobadas del 2 al 6 de noviembre por la V Conferencia Sindical de toda Rusia: los molineros de Sarátov, o los mineros de la cuenca del Donets, o los metalúrgicos de Petrogrado, etc.

Tomad la utilidad de «la amplia discusión». En este terreno veremos también que los errores políticos distraen de las tareas económicas. Yo estaba en contra de la llamada «amplia» discusión y consideraba y considero un error, un error político, del camarada Trotski su sabotaje de la comisión sindical, en la que se debería haber sostenido una discusión eficaz. Considero un error político del grupo de tope encabezado por Bujarin que no haya comprendido las tareas del tope (también aquí han sustituido la dialéctica con el eclecticismo); precisamente desde el punto de vista de «tope» debían haberse pronunciado con energía frenética contra la discusión amplia, y en pro de llevar la discusión a la comisión sindical. Ved lo que ha resultado.

El 30 de diciembre, el camarada Bujarin llegó a decir: «Hemos proclamado la nueva consigna sagrada de la democracia obrera, que consiste en que todos los problemas no deben ser discutidos en organismos colegiados estrechos, en pequeñas reuniones, en cualquier corporación propia, sino llevados todos a reuniones amplias. Y yo afirmo que, al traer el problema del papel de los sindicatos a una reunión tan concurrida como la de hoy, no damos un paso atrás, sino adelante» (pág. 45). ¡Y este hombre acusó a Zinóviev de charlatanería y de exageración de la democracia! ¡Eso sí que es verdadera charlatanería y «metedura de pata», incomprensión total de que la democracia formal debe estar subordinada a la conveniencia revolucionaria!

Trotski no plantea la cuestión nada mejor. Acusa: «Lenin quiere suprimir, frustrar a toda costa la discusión sobre la esencia del problema» (pág. 65). Manifiesta: «He dicho claramente en el CC por qué me negué a formar parte de la comisión: mientras no se me permita, igual que a los demás camaradas, plantear estas cuestiones en todo su volumen en la prensa del partido, mientras no se haga eso, no espero utilidad alguna del examen furtivo de estas cuestiones y, por consiguiente, de la labor en la comisión» (pág. 69).

¿Resultado? No ha transcurrido todavía un mes desde que Trotski empezara el 25 de diciembre «la amplia discusión» y apenas se encontrará uno de cada cien funcionarios responsables del partido que no esté harto de esta discusión y no reconozca su inutilidad (si no algo peor). Porque Trotski ha quitado tiempo al partido con una discusión sobre palabras, sobre unas tesis malas, y ha tildado de examen «furtivo» precisamente el examen *práctico*, económico, en la comisión, la cual se habría señalado la tarea de estudiar y comprobar la experiencia práctica para, aprendiendo de esta experiencia, *avanzar* en la verdadera labor de «producción», y *no retroceder* de la obra viva al escolasticismo muerto de todas esas «atmósferas de producción».

Tomad el decantado «enlazamiento». El 30 de diciembre aconsejé que no se hablara de él, pues *no hemos estudiado* nuestra propia experiencia práctica, y, sin esta condición, las discusiones acerca del enlazamiento degeneran inevitablemente en charlatanería, en vana desviación de las fuerzas del partido *de* la labor económica. Califiqué de proyectomanía burocrática las tesis de Trotski sobre este punto, que proponían incluir en los consejos económicos de una tercera parte a la mitad y de la mitad a dos terceras partes de representantes de los sindicatos.

Bujarin se enfadó mucho conmigo por eso y, según veo en la página 49 del acta, intentó demostrarme prolija y detalladamente «que cuando los hombres se reúnen y hablan de algo, no se deben fingir

sordomudos» (¡así está impreso textualmente en la página mencionada!). También se enfadó Trotski, quien exclamó: «Ruego a cada uno de vosotros que toméis nota de que el camarada Lenin ha calificado eso de burocratismo en tal fecha; pero yo me atrevo a predecir que, dentro de unos meses, eso será tomado en consideración y como guía, que en el Consejo Central de los Sindicatos de toda Rusia, en el Consejo Superior de Economía Nacional, en el CC de los metalúrgicos y en la sección del metal, etc., habrá de una tercera parte a la mitad de miembros comunes...» (pág. 68).

Después de leer eso, pedí al camarada Miliutin (vicepresidente del Consejo Superior de Economía Nacional) que me enviase los informes *impresos* acerca del enlazamiento. Pensé: empezaré a *estudiar*, aunque sea poco a poco, *nuestra experiencia práctica*, pues resulta insoportablemente aburrido dedicarse a «la parlería general del partido» (expresión de Bujarin, pág. 47, que se hará probablemente no menos proverbial que el famoso «sacudimiento») sin más ni más, sin materiales, sin hechos, inventando discrepancias, definiciones y «democracias en la producción».

El camarada Miliutin me envió varios libros, entre ellos el *Informe del Consejo Superior de Economía Nacional al VIII Congreso de los Soviets de toda Rusia* (Moscú, 1920, el prólogo está fechado el 19 de diciembre de 1920). En la página 14 de este libro se inserta un cuadro demostrativo del grado de participación de los obreros en los organismos administrativos. Reproduzco este cuadro (abarca sólo una parte de los Consejos Económicos provinciales y de las empresas): De ellos:

Organismos administrativos	n total	Obreros	%	Especialistas	%	Empleados, otros	%
Presidium del CSEN y de los Consejos Económicos provinciales	187	107	57,2	22	11,8	58	31
Organismos colegiados de las direcciones generales, secciones, centros y comités principales	140	72	51,4	31	22,2	37	26,4
Direcciones fabriles colegiadas y unipersonales	1.143	726	63,5	398	38,8	19	1,7
Total	1.470	905	61,6	451	30,7	114	7,7

Así pues, la participación de los obreros representa ya, por término medio, el 61,6 %, es decir, ¡más cerca de las dos terceras partes que de la mitad! *Queda ya demostrado* el carácter de proyectomanía burocrática de lo que ha escrito el camarada Trotski en sus tesis acerca de esta cuestión. Hablar, discutir y escribir plataformas «de un tercio a la mitad» o «de la mitad a las dos terceras partes» es la más huera «parlería general del partido», es distraer fuerzas, medios, atención y tiempo de la labor *de producción*, es pura politiquería sin contenido serio. Pero en la comisión, en la que se habrían hallado personas con experiencia, en la que no se habría accedido a escribir tesis sin estudiar los hechos, hubiera sido posible comprobar provechosamente la experiencia. Por ejemplo, haciendo una encuesta entre varias decenas (de entre miles de «miembros comunes»), confrontando sus impresiones y deducciones con los datos estadísticos objetivos y tratando de lograr indicaciones eficientes y prácticas para el futuro: si es preciso, con tales resultados de la experiencia, seguir avanzando sin demora en la misma dirección o cambiar algo, y cómo precisamente, la dirección, los métodos, el enfoque; o si, en interés de la causa, hay que detenerse, comprobar una y otra vez la experiencia, quizá rehacer algo, etc., etc.

Un verdadero «administrador», camaradas (¡permitidme a mí también que me dedique un poco a «la propaganda en el terreno de la producción»!), sabe que los capitalistas y los organizadores de los trusts, incluso en los países más adelantados, se dedicaron durante muchos años, a veces durante diez y más años, a estudiar y comprobar su experiencia práctica (y la ajena), enmendando, rehaciendo lo empezado, volviendo atrás y corrigiendo multitud de veces para lograr un sistema de dirección plenamente adecuado a la obra emprendida, la debida selección de administradores superiores y subalternos, etc. Así ha ocurrido bajo el capitalismo, que en todo el mundo civilizado se ha apoyado para su labor administrativa en *la experiencia y las costumbres de siglos*. Y nosotros estamos construyendo sobre un terreno nuevo, que requiere el trabajo de reeducación más prolongado, tenaz y paciente para transformar las costumbres que nos ha dejado en herencia el capitalismo y que sólo pueden transformarse muy paulatinamente. Abordar esta cuestión como lo hace Trotski es equivocado de raíz. En el discurso del 30 de diciembre exclamó: «¿Tienen, acaso, nuestros obreros y los funcionarios del partido y de los sindicatos instrucción en el terreno de la producción? ¿Sí o no? Yo respondo que no» (pág. 29). Enfocar así semejante cuestión es ridículo. Es lo mismo que preguntar: ¿Hay en esta unidad militar suficiente cantidad de botas de fieltro? ¿Sí o no?

Dentro de diez años también tendremos que decir, sin duda alguna, que no todos los funcionarios del partido y de los sindicatos poseen suficiente instrucción en el terreno de la producción. De la misma manera que dentro de diez años tampoco poseerán suficiente preparación militar todos los funcionarios del partido, de los sindicatos y del departamento militar. Pero en nuestro país se ha dado *comienzo* a la instrucción en el terreno de la producción con el hecho de que casi mil obreros, miembros y delegados de los sindicatos, participan en la dirección y dirigen empresas, comités principales y otros organismos administrativos superiores. El principio fundamental de «la instrucción en el terreno de la producción», de la instrucción de *nosotros mismos*, antiguos luchadores clandestinos y periodistas profesionales, consiste en que nosotros mismos estudiemos y enseñemos a otros a estudiar con la mayor atención y detalle nuestra propia experiencia práctica, de acuerdo con la regla que dice: «mide siete veces antes de cortar». La regla fundamental, cardinal e indefectible de «la instrucción en el terreno de la producción» estriba en comprobar con insistencia, lentitud, prudencia, eficiencia y sentido práctico cuanto han hecho esos mil obreros; en corregir aún con mayor prudencia y sentido práctico su labor y avanzar sólo cuando esté plenamente demostrada la utilidad del método dado, del sistema de dirección dado, de la proporción dada, de la selección de personal dada, etc. Y es precisamente esa regla la que infringe el camarada Trotski con todas sus tesis, con todo su enfoque del problema. Precisamente todas las tesis, todo el folleto-plataforma del camarada Trotski son de tal naturaleza que, con sus errores, han desviado la atención y las fuerzas del partido del trabajo útil «de producción» hacia controversias vacías, sin contenido.

III. Dialéctica y eclecticismo. «Escuela» y «aparato»

Entre las numerosas cualidades valiosísimas del camarada Bujarin figura su capacidad para la teoría y su interés por tratar de descubrir las raíces teóricas de todo problema. Es una cualidad muy valiosa, pues es imposible explicarse por completo ningún error, incluidos los errores políticos, sin descubrir sus raíces teóricas en quien los comete, partiendo de premisas concretas y admitidas, de una manera consciente.

De conformidad con este afán suyo de profundizar teóricamente en los problemas, el camarada Bujarin, a partir de la discusión del 30 de diciembre, si no antes, lleva la controversia precisamente a ese terreno. El 30 de diciembre dijo:

«Considero absolutamente necesario -en eso consiste la esencia teórica de lo que se denomina aquí «fracción de tope» o su ideología-, y me parece indiscutible por completo, que no se puede dar de lado ni este aspecto político ni este aspecto económico...» (pág. 47).

La esencia teórica del error en que incurre en este caso el camarada Bujarin consiste en que sustituye la relación dialéctica entre la política y la economía (que nos enseña el marxismo) con el eclecticismo. «Lo uno y lo otro», «de un lado, de otro lado»: tal es la posición teórica de Bujarin. Y eso

es eclecticismo. La dialéctica exige que las correlaciones sean tenidas en cuenta en todos los aspectos en su desarrollo concreto, y no que se arranque un trocito de un sitio y un trocito de otro. Lo he mostrado ya con el ejemplo de la política y la economía.

En el ejemplo del «tope» eso es también indudable. El tope es útil y necesario si el tren del partido va cuesta abajo hacia el descarrilamiento. Eso es indiscutible. Bujarin ha planteado la tarea del «tope» de una manera ecléctica, tomando un trozo de Zinóviev y otro trozo de Trotski. Como partidario del «tope», Bujarin debería haber determinado por sí solo dónde, cuándo y en qué se equivocaba el uno o el otro, los unos o los otros, si el error era teórico, o de falta de tacto político, o de fraccionismo en una intervención, o de exageración, etc., y lanzarse *con todas sus fuerzas* contra *cada* error de ese género. Bujarin no ha comprendido esta tarea suya de «tope». El siguiente hecho es una prueba evidente de ello.

El grupo comunista del Buró de Petrogrado del Cetrán (Comité Central del Sindicato del Transporte Ferroviario, Marítimo y Fluvial) -organización que simpatiza con Trotski y declara francamente que, a su juicio, «las posiciones de los camaradas Trotski y Bujarin en la cuestión fundamental, en la del papel de los sindicatos en la producción, son variedades del mismo punto de vista»- ha editado en Petrogrado un folleto con el coinforme que el camarada Bujarin ha pronunciado allí el 3 de enero de 1921 (N. Bujarin. *Acerca de las tareas de los sindicatos*, Petrogrado, 1921). En este coinforme leemos:

«Al principio, el camarada Trotski formuló que era necesario cambiar la composición de la dirección de los sindicatos, seleccionar a camaradas adecuados, etc., y antes aún sostuvo incluso el punto de vista de «sacudir» los sindicatos, al que ha renunciado ahora, por lo que es completamente absurdo presentar el «sacudimiento» como un argumento contra el camarada Trotski» (pág. 5).

No me detendré a analizar las numerosas inexactitudes fácticas que contiene esta exposición. (Trotski utilizó la palabreja «sacudir» en la V Conferencia Sindical de toda Rusia, celebrada del 2 al 6 de noviembre. Habló de «la selección de personal dirigente» en el n.º 5 de sus tesis, presentadas al CC el 8 de noviembre y publicadas, dicho sea de pasada, por un partidario de Trotski en forma de hoja suelta. Todo el folleto de Trotski *El papel y las tareas de los sindicatos*, del 25 de diciembre, está impregnado por completo de la misma mentalidad y del mismo espíritu que he señalado antes. No se sabe en absoluto dónde y en qué se ha expresado «la renuncia».) Mi tema es ahora otro. Si «el tope» es ecléctico, pasa por alto unos errores y menciona otros; silencia los errores cometidos el 30 de diciembre de 1920 en Moscú, ante miles de activistas del PCR llegados de toda Rusia, y habla de los errores cometidos en Petrogrado el 3 de enero de 1921. Si «el tope» es dialéctico, arremete con todas sus fuerzas contra cada error que observa en ambas partes o en todas las partes. Y eso es precisamente lo que no hace Bujarin. Ni siquiera intenta analizar el folleto de Trotski desde el punto de vista de la política de sacudimiento. *Simplemente, no habla de ella*. No es de extrañar que semejante cumplimiento de su papel de tope haga reír a todos.

Prosigamos. En el mismo discurso de Bujarin en Petrogrado leemos en la página 7: «El error del camarada Trotski consiste en que no defiende en grado suficiente el aspecto de escuela de comunismo». En la discusión del 30 de diciembre, Bujarin razonó así: «El camarada Zinóviev ha dicho que los sindicatos son escuela de comunismo, y Trotski ha afirmado que son un aparato técnico-administrativo de dirección de la producción. No veo bases lógicas de ningún género que demuestren que no es justo ni lo primero ni lo segundo: son justos ambos enunciados y la unión de estos dos enunciados» (pág. 48).

La misma idea encontramos en la 6.ª tesis de Bujarin y su «grupo» o «fracción»: «...de un lado, son (los sindicatos) escuela de comunismo... de otro lado -por cierto, en grado creciente-, son parte integrante del aparato administrativo y del aparato del poder estatal en general...» (*Pravda*, 16 de enero).

El error teórico fundamental del camarada Bujarin radica precisamente en que sustituye la dialéctica del marxismo con el eclecticismo (extendido de modo singular entre los autores de diversos sistemas filosóficos «de moda» y reaccionarios).

El camarada Bujarin habla de bases «lógicas». Todo su razonamiento prueba que –quizá inconscientemente- sustenta en este terreno el punto de vista de la lógica formal o escolástica, y no el de la lógica dialéctica o marxista. Para aclararlo empezaré con el simplísimo ejemplo que puso el propio camarada Bujarin. En la discusión del 30 de diciembre dijo:

«Camaradas: Las discusiones que sostenemos aquí producen en muchos de vosotros una impresión del siguiente carácter, aproximadamente: llegan dos individuos y se preguntan el uno al otro qué es el vaso que está encima de la tribuna. Uno dice: «Es un cilindro de cristal, y maldito sea quien afirme que eso no es así». El segundo dice: «El vaso es un recipiente que sirve para beber, y maldito sea quien afirme que eso no es así» (pág. 46).

Cómo ve el lector, Bujarin quiso con este ejemplo explicarme de manera popular el daño que causa la unilateralidad. Acepto la aclaración agradecido y, para demostrar con hechos mi gratitud, le respondo con una explicación popular de lo que es el eclecticismo, a diferencia de la dialéctica.

El vaso es, indiscutiblemente, un cilindro de cristal y un recipiente que sirve para beber. Pero no sólo tiene estas dos propiedades, o cualidades, o aspectos, sino una cantidad infinita de otras propiedades, cualidades, aspectos y relaciones mutuas y «mediaciones» con todo el mundo restante. El vaso es un objeto pesado que puede emplearse como instrumento arrojadizo. Puede servir de pisapapeles o de alojamiento para una mariposa capturada; puede tener valor como objeto tallado o dibujado con arte, independientemente por completo de que sirva para beber, de que esté hecho de cristal, de que su forma sea cilíndrica o no lo sea del todo, y así por el estilo. Prosigamos. Si ahora necesito un vaso como recipiente que sirve para beber, no me importa en absoluto saber si su forma es totalmente cilíndrica y si está hecho, en efecto, de cristal; pero, en cambio, me importa que el fondo no esté agrietado, que no corte los labios al utilizarlo, etc. Si no lo necesito para beber, sino para lo que sirve cualquier cilindro de cristal, entonces me sirve también un vaso con el fondo agrietado o incluso sin fondo, etc. La lógica formal a que se limitan en las escuelas (y deben limitarse -con modificaciones- en los grados inferiores de la escuela) toma las definiciones formales, guiándose por lo que es más habitual o por lo que salta a la vista más a menudo y se limita a eso. Si, al proceder así, se toman dos o más definiciones distintas y se unen de manera completamente casual (cilindro de cristal y recipiente que sirve para beber), tendremos una definición ecléctica, que indica diversos aspectos del objeto y nada más.

La lógica dialéctica exige que vayamos más lejos. Para conocer de verdad el objeto hay que abarcar y estudiar todos sus aspectos, todos sus vínculos y «mediaciones». Jamás lo conseguiremos por completo, pero la exigencia de la multilateralidad nos prevendrá contra los errores y el anquilosamiento. Eso, en primer lugar. En segundo lugar, la lógica dialéctica requiere que el objeto sea tomado en su desarrollo, en su «automovimiento» (como dice Hegel a veces), en su cambio. Con relación al vaso, esto no se ve claro en el acto, pero el vaso tampoco es inmutable: cambia, en particular, su destino, su uso, su *nexo* con el mundo circundante. En tercer lugar, toda la práctica del género humano debe entrar en «la definición» completa del objeto como criterio de la verdad y como determinante práctico del vínculo del objeto con lo que necesita el hombre. En cuarto lugar, la lógica dialéctica enseña que «la verdad abstracta no existe, la verdad es siempre concreta», como le gustaba decir, después de Hegel, al difunto Plejánov. (Entre paréntesis, creo oportuno señalar para los jóvenes miembros del partido que *no se puede* ser un comunista consciente, *de verdad*, sin estudiar -precisamente *estudiar*- todo lo que escribió Plejánov sobre filosofía, pues es lo mejor de toda la literatura internacional del marxismo¹.)

Con esto, como es natural, no he agotado el concepto de la lógica dialéctica. Mas, por ahora, basta con lo dicho. Podemos pasar del vaso a los sindicatos y a la plataforma de Trotski.

«De un lado, escuela; de otro, aparato», dice y escribe Bujarin en sus tesis. El error de Trotski consiste en que «no defiende en grado suficiente el aspecto de escuela»... Zinóviev se queda corto en cuanto al «aspecto» de aparato.

1. A propósito, no se puede por menos de desear, primero, que la edición de las obras de Plejánov que está viendo la luz ahora incluya todos los artículos de filosofía en un volumen o volúmenes especiales con detalladísimo índice, etc., pues deben figurar entre los manuales obligatorios de comunismo. Segundo, el Estado obrero, a mi juicio, debe exigir a los profesores de filosofía que conozcan la exposición que hizo Plejánov de la filosofía marxista y sepan transmitir esos conocimientos a los estudiantes. Pero esto es ya apartarse de «la propaganda» para caer en los métodos de «orden y mando».

¿Por qué este razonamiento de Bujarin es eclecticismo inerte y vacío? Porque Bujarin no hace el menor intento de analizar por sí mismo, desde su punto de vista, ni la historia íntegra de la presente discusión (el marxismo, *o sea*, la lógica dialéctica, lo exige absolutamente) ni todo el enfoque de la cuestión, todo su planteamiento -o, si queréis, toda la orientación del planteamiento- en el momento actual, en las actuales circunstancias concretas. ¡Bujarin no revela la menor intención de hacerlo! Lo aborda sin el menor estudio concreto, con puras abstracciones, y toma un trocito de Zinóviev y otro de Trotski. Y eso es precisamente eclecticismo.

Pondré un ejemplo para que la explicación sea más clara. No conozco absolutamente nada de los insurgentes y los revolucionarios del Sur de China (excepto dos o tres artículos de Sun Yat-sen y algunos libros y artículos de periódicos que leí hace muchos años). Puesto que allí se producen insurrecciones, es probable que haya también discusiones entre el chino N° 1, el cual dice que la insurrección es producto de la lucha de clases más enconada que ha abarcado a toda la nación, y el chino N° 2, el cual afirma que la insurrección es un arte. Sin saber nada más, puedo escribir tesis como las de Bujarin: «de un lado... de otro lado». Uno no ha tenido en cuenta en grado suficiente «el aspecto» de arte; el otro, «el aspecto de enconamiento», etc. Eso será eclecticismo inerte y vacío, pues no hay estudio *concreto* de la discusión *dada*, de la cuestión *dada*, de su enfoque *dado*, etc.

Los sindicatos son, de un lado, escuela; de otro, aparato; del tercer lado, una organización de los trabajadores; del cuarto lado, una organización casi exclusivamente de obreros industriales; del quinto lado, una organización por industrias², etc., etc. En Bujarin no hay ni pizca de argumentación, ni pizca de análisis propio, para demostrar por qué deben tomarse los dos primeros «lados» de la cuestión u objeto, y no el tercero, el cuarto, el quinto, etc. Por eso, las tesis del grupo de Bujarin son pura vacuidad ecléctica. Bujarin plantea mal, de una manera equivocada de raíz, eclécticamente, el problema de la correlación existente entre «escuela» y «aparato».

Para plantear justamente este problema es preciso pasar de las abstracciones huera a la discusión concreta, es decir, a la discusión actual. Tomad esta discusión como queráis, como surgió en la V Conferencia Sindical de toda Rusia o como la planteó y *orientó* el propio Trotski en su folleto-plataforma el 25 de diciembre, y veréis que *todo* el enfoque de Trotski y toda su orientación son falsos. No ha comprendido que los sindicatos deben y pueden ser enfocados como escuela cuando se enuncia el tema del «tradeunionismo soviético», y cuando se habla en general de propaganda en el terreno de la producción, y cuando se plantea *como* lo hace Trotski el problema del «enlazamiento», de la participación de los sindicatos en la dirección de la producción. Y en este último problema, tal y como se plantea en todo el folleto-plataforma de Trotski, la falsedad reside en no comprender que los sindicatos son *escuela de dirección técnico-administrativa de la producción*. En esta discusión, en la forma en que Trotski ha planteado el problema, los sindicatos no son «de un lado, escuela; de otro, algo distinto»; *de todos los lados, los sindicatos son escuela*, escuela de unidad, escuela de solidaridad, escuela de defensa de sus intereses escuela de administración, escuela de gobierno. En vez de comprender y corregir este error cardinal del camarada Trotski, el camarada Bujarin ha hecho una enmienda pequeña y ridícula: «de un lado, de otro lado».

Abordemos de manera más concreta la cuestión. Veamos qué son los sindicatos actuales como «aparato» de dirección de la producción. Hemos visto que, según datos incompletos, alrededor de 900 obreros -miembros y delegados de los sindicatos- dirigen la producción. Decuplicad este número, centuplicadlo, si queréis; admitamos incluso, para haceros una concesión y explicaros vuestro error cardinal, un «avance» increíblemente rápido dentro de poco tiempo; aun así, resultará que los obreros *que administran* directamente representan una parte insignificante de la masa general de seis millones de afiliados a los sindicatos. Y eso muestra con mayor claridad aún que fijar toda la atención en «la capa dirigente», como hace Trotski, hablar del papel de los sindicatos en la producción y de la dirección de la producción, sin tener en cuenta que el 98,5% *aprenden* (6 000 000 - 90 000=5 910 000=98,5% de la

2. Dicho sea de pasada, Trotski incurre también en este caso en un error. Cree que sindicato de industria significa sindicato que debe dominar la producción. Esto es falso. Sindicato de industria significa que organiza a los obreros por industrias, cosa inevitable dado el nivel actual (tanto en Rusia como en el mundo entero) de la técnica y la cultura.

suma) y *deberán aprender durante largo tiempo*, significa cometer un error cardinal. Los sindicatos no son escuela y administración, sino *escuela de administración*.

Al discutir con Zinóviev el 30 de diciembre y acusarle, de manera completamente infundada e injusta, de que niega «el designacionismo», es decir, el derecho y la obligación del CC de designar, al camarada Trotski se le escapó sin querer una contraposición peculiar en extremo: «... Zinóviev -dijo- enfoca de una manera demasiado propagandística toda cuestión práctica y eficiente, olvidándose de que no se trata sólo de material para la agitación, sino de una cuestión que debe ser resuelta por vía administrativa» (pág. 27).

Ahora explicaré con detalle cuál *podría* ser el enfoque administrativo de esta cuestión. Pero el error cardinal del camarada Trotski consiste precisamente en que ha enfocado *las cuestiones* (mejor dicho, se ha lanzado sobre ellas), planteadas por él mismo en su folleto-plataforma, como un *administrador*, en tanto que podía y debía haberlas abordado *sólo como propagandista*. En efecto. ¿Qué tiene de bueno Trotski? Es buena y útil, sin duda alguna, *la propaganda en el terreno de la producción*, no en sus tesis, sino en sus *discursos* (sobre todo cuando olvida su desafortunada polémica con el ala pretendidamente «conservadora» de los dirigentes sindicales). Con una labor «administrativa» práctica en la comisión sindical, con sus intervenciones orales y escritas como participante y funcionario de la Oficina de Propaganda de la Producción, el camarada Trotski reportaría indudablemente (e indudablemente reportará) no poco provecho a la causa. El error está en las «tesis- plataforma». En ellas resalta, como hilo de engarce, el enfoque que un administrador hace de «la crisis» en la organización sindical, de «las dos tendencias» en los sindicatos, de la interpretación del Programa del PCR, del «tradeunionismo soviético», de «la instrucción en el terreno de la producción» y del «enlazamiento». Acabo de citar todos los temas principales de «la plataforma» de Trotski; y el enfoque acertado precisamente de estos temas en el momento actual, con el material de que dispone Trotski, sólo puede ser propagandístico.

El Estado es la esfera de la coerción. Sería una locura renunciar a la coerción, sobre todo en la época de la dictadura del proletariado. La «administración» y el enfoque de administrador son, en este caso, imprescindibles. El partido es la vanguardia del proletariado, vanguardia que ejerce directamente el poder; el partido es el dirigente. El medio específico de influencia, el medio de depuración y temple de la vanguardia, es la expulsión del partido, y no la coerción. Los sindicatos son una fuente de poder estatal, una escuela de comunismo, una escuela de administración. En este terreno, lo específico y principal *no* es la administración, sino «*la ligazón*» «entre la administración central» (y la local también, naturalmente) «del Estado, la economía nacional y *las grandes masas* trabajadoras» (como se dice en el programa de nuestro partido, n.º 5 de la parte económica, dedicada a los sindicatos).

En todo el folleto-plataforma de Trotski sobresale el planteamiento equivocado de este problema, la incomprensión de esa correlación.

Imaginaos que Trotski concibiese el decantado «enlazamiento» en conexión con los demás temas de su plataforma, enfocando toda la cuestión desde otro lado. Imaginaos que su folleto estuviese dedicado íntegramente a investigar con detalle, por ejemplo, noventa de novecientos casos de «enlazamiento», de desempeño simultáneo de cargos de dirección de la industria en el Consejo Superior de Economía Nacional y de cargos electivos en representación de los sindicatos, casos de simultaneidad de cargos ocupados por afiliados a los sindicatos y funcionarios permanentes del movimiento sindical. Imaginaos que estos noventa casos fuesen analizados a la par con los datos de una investigación estadística selectiva, a la par con los informes y resúmenes de revisores e instructores de la Rabkrín y de los respectivos Comisariados del Pueblo; es decir, analizados según los datos de las instituciones administradoras, analizados desde el punto de vista de los resúmenes y resultados del trabajo, de los éxitos de la producción, etc. Semejante enfoque de la cuestión sería un enfoque administrativo acertado y justificaría plenamente la línea de «sacudir», o sea, de fijar la atención en qué personas deben ser destituidas, trasladadas o designadas y en qué exigencias deben presentarse ahora mismo a «la capa dirigente». Si Bujarin dijo en su discurso de Petrogrado del 3 de enero, editado por los «cectranistas», que Trotski sustentaba antes el punto de vista de «sacudir» los sindicatos y ahora ha renunciado a él, incurre también en un eclecticismo risible en la práctica y absolutamente inadmisibles en la teoría para un marxista. Bujarin toma la cuestión en abstracto, no sabiendo (o no queriendo) enfocarla de

una manera concreta. Mientras nosotros, el CC del partido y todo el partido, administremos, es decir, gobernemos el Estado, jamás renunciaremos ni podremos renunciar a «sacudir», o sea, a destituir, trasladar, designar, despedir, etc. Pero en el folleto-plataforma de Trotski no se toma ni mucho menos el material debido, no se plantea en modo alguno «una cuestión práctica y útil». La cuestión que discutieron Zinóviev y Trotski, que discutimos Bujarin y yo, que discute todo el partido, no es «una cuestión práctica y útil», sino la cuestión de las «*tendencias* en el movimiento sindical» (final de la tesis 4 de Trotski).

Es, en el fondo, una cuestión política. Corregir el error de Trotski con pequeñas enmiendas y adiciones eclécticas, como quiere Bujarin (hinchido, por supuesto, de los más humanos sentimientos e intenciones), es, por la esencia misma del asunto -del «asunto» dado, concreto-, imposible.

La solución en este caso sólo puede ser una y nada más que una.

Resolver acertadamente la cuestión política de «las tendencias en el movimiento sindical», de la correlación de las clases, de la correlación de la política y la economía, de los papeles específicos del Estado, del partido y de los sindicatos como «escuela» y aparato, etc. Eso, primero.

Segundo. Sobre la base de una solución política acertada, llevar a cabo -mejor dicho, efectuar cada día- una propaganda prolongada, sistemática, tenaz, paciente, polifacética y reiterada en el terreno de la producción; efectuarla a escala de todo el Estado, en nombre y bajo la dirección de una entidad estatal.

Tercero. No confundir «las cuestiones prácticas y útiles» con las polémicas en torno a las tendencias, las cuales (las polémicas) son patrimonio lógico de «la parlería general del partido» y de las discusiones amplias, sino plantearlas con sentido práctico, en comisiones prácticas, interrogando a testigos, estudiando informes, resúmenes y estadísticas; sobre la base de todo esto -sólo sobre la base de todo esto, sólo con tales condiciones-, «sacudir» únicamente por decisión del correspondiente organismo del Estado o del partido, o de ambos organismos.

Pero a Trotski y Bujarin les ha resultado una mezcla de errores políticos en el enfoque, de ruptura de la conexión transmisora y de las correas de transmisión en medio, así como de acometida o embestida infructuosa, marchando en vano y de vacío, contra «la administración». La raíz «teórica» del error -puesto que Bujarin ha planteado con su «vaso» la cuestión de la raíz teórica- es clara. El error teórico en este caso, gnoseológico -de Bujarin consiste en que ha suplantado la dialéctica con el eclecticismo. Al plantear el problema eclécticamente, Bujarin se ha embrollado por completo y ha llegado a caer en el sindicalismo. El error de Trotski está en la unilateralidad, el apasionamiento, la exageración y la tozudez. La plataforma de Trotski consiste en que el vaso es un recipiente que sirve para beber, pero ha resultado que el vaso en cuestión no tiene fondo.

IV. Conclusión

Sólo me queda referirme brevemente a algunos puntos, cuyo silenciamiento podría dar lugar a falsas interpretaciones.

En la tesis 6 de su «plataforma», el camarada Trotski ha reproducido el n.º 5 de la parte económica del Programa del PCR, que trata de los sindicatos. Dos páginas más adelante, en la tesis 8, el camarada Trotski declara:

«... Al perder su vieja base de existencia, la lucha de clases económica, los sindicatos»... -(esto es falso, es una exageración precipitada: los sindicatos han perdido una base como la lucha *de clases* económica, pero están muy lejos aún de haber perdido y, por desgracia, no podrán perder todavía durante muchos años una base como «la lucha económica» *no de clases*, en el sentido de lucha contra las deformaciones burocráticas del mecanismo de los Soviets, en el sentido de defensa de los intereses materiales y espirituales de las masas trabajadoras por vías y con medios que no están al alcance de este aparato, etc.)...- «los sindicatos, en virtud de una serie de condiciones, no han tenido tiempo de agrupar en sus filas las fuerzas necesarias ni de elaborar los métodos indispensables para poder cumplir la nueva tarea que les ha planteado la revolución proletaria y que formula nuestro programa: *organizar la producción*» (la cursiva es de Trotski, pág. 9, tesis 8). Esta es otra exageración

precipitada, que encierra el germen de un gran error. El programa no contiene esa fórmula ni señala a los sindicatos la tarea de «organizar la producción». Sigamos paso a paso cada idea, cada postulado del programa de nuestro partido en el orden en que figuran en él: 1) «El aparato organizador» (no cualquiera) «de la industria socializada debe apoyarse en primer término» (y no exclusivamente) «en los sindicatos», 2) «Los sindicatos deben desembarazarse cada día más de la estrechez gremial» (¿cómo desembarazarse?: bajo la dirección del partido y en el curso de la influencia educativa, y de cualquier otro género, del proletariado sobre la masa trabajadora no proletaria) «y transformarse en grandes agrupaciones de producción que abarquen a la mayoría y, paulatinamente, a todos los trabajadores de la rama correspondiente de la producción...»

Esta es la primera parte del apartado que se dedica a los sindicatos en el programa del partido. Como veis, esta parte señala en el acto unas «condiciones» muy «*rigurosas*» y que requieren una labor muy prolongada en lo sucesivo. Y a continuación dice lo siguiente:

«...Siendo ya, de acuerdo con las leyes de la República Soviética y con la práctica establecida, participantes...» (la palabra, como veis, es muy prudente: sólo participantes) «...en todos los organismos locales y centrales de administración de la industria, los sindicatos deben llegar a concentrar de hecho en sus manos toda la dirección de la economía nacional como un todo único económico...» (advertid: deben llegar a concentrar de hecho la dirección, no de ramas de la industria ni de la industria en su totalidad, sino de la economía nacional y, además, como un todo único económico: esta condición, como condición económica, podrá considerarse cumplida de verdad no antes de que los pequeños productores, tanto en la industria como en la agricultura, representen menos de la mitad de la población y de la economía nacional)... «Asegurando de este modo»... (precisamente «de este modo», que hace realidad paulatinamente todas las condiciones antes mencionadas)... «la ligazón indestructible entre la administración central del Estado, la economía nacional y las grandes masas trabajadoras, los sindicatos deberán incorporar con la mayor amplitud a las últimas»... (es decir, a las masas, o sea, a la mayoría de la población)... «a la gestión económica directa. La participación de los sindicatos en la gestión económica y la incorporación por ellos de las grandes masas a esta gestión es al mismo tiempo, el medio principal de lucha contra la burocratización del aparato económico del Poder soviético y permite establecer un control verdaderamente popular de los resultados de la producción».

Así pues, en la última frase vemos de nuevo unas palabras muy prudentes: «participación en la gestión económica»; vemos de nuevo la indicación de incorporar a las grandes masas como medio principal (pero no único) de lucha contra el burocratismo; y, finalmente, una indicación prudentísima: «permite» establecer «*un control popular*», es decir, obrero y campesino y no sólo proletario, ni mucho menos.

Resumir todo eso como si el programa de nuestro partido «formulase» a los sindicatos la tarea de «organizar la producción» es, evidentemente, erróneo. Y si se insiste en este error y se le incluye en unas tesis-plataforma, lo único que puede resultar de ello es una desviación anticomunista, sindicalista.

A propósito. El camarada Trotski dice en sus tesis que «durante el último período no nos hemos acercado al objetivo señalado en el programa, sino que nos hemos alejado de él» (pág. 7, tesis 6). Semejante afirmación carece de fundamento y, a mi juicio, es errónea. No se puede demostrar, como ha pretendido Trotski en las discusiones, diciendo que los sindicatos «mismos» reconocen el hecho. Para el partido, esto no es la última instancia. Y, en general, se puede demostrar sólo estudiando objetivamente y con la mayor seriedad gran cantidad de hechos. Esto, en primer lugar. Y, en segundo lugar, aun en el caso de que se demostrara eso, seguiría en pie la cuestión: ¿por qué nos hemos alejado? ¿Porque «muchos dirigentes sindicales» «rechazan las nuevas tareas y métodos», como piensa Trotski, o porque «nosotros» «no hemos tenido tiempo de agrupar en nuestras filas las fuerzas necesarias ni de elaborar los métodos indispensables para» cortar y corregir algunos extremismos de burocratismo, innecesarios y nocivos?

Será oportuno, a este respecto, referirse al reproche que nos hizo el camarada Bujarin el 30 de diciembre (y que Trotski repitió ayer, 24 de enero, durante nuestra discusión en el grupo comunista

del II Congreso de Mineros), a saber: el reproche de «haber renunciado a la línea que señaló el IX Congreso del partido» (pág. 46 del acta de la discusión del 30 de diciembre). Según él, Lenin propugnó en el IX Congreso la militarización del trabajo y se burló de las invocaciones a la democracia, y ahora «se retracta» de ello. En su discurso de resumen del 30 de diciembre, el camarada Trotski aderezó ese reproche, valga la expresión, con una pimienta especial: «Lenin tiene en cuenta el hecho de que en los sindicatos se está produciendo... un agrupamiento de camaradas con espíritu opositorista» (pág. 65); Lenin enfoca «desde el punto de vista diplomático» (pág. 69); «zigzags dentro de los grupos del partido» (pág. 70), etc. Semejante exposición del asunto por el camarada Trotski es, naturalmente, muy halagüeña para él y peor que nada halagüeña para mí. Pero veamos los hechos.

En la misma discusión del 30 de diciembre, Trotski y Krestinski establecieron el hecho de que «el camarada Preobrazhenski planteó ya en julio (de 1920) en el CC que debíamos pasar a raíles nuevos en lo que concierne a la vida interna de nuestras organizaciones obreras» (pág. 25). En agosto, el camarada Zinóviev escribió el proyecto de carta, y el CC aprobó *la carta del CC* acerca de la lucha contra el burocratismo y la ampliación de la democracia. En septiembre, la cuestión fue discutida en la Conferencia del partido y el CC ratificó el acuerdo de ésta. En diciembre, la lucha contra el burocratismo se planteó en el VIII Congreso de los Soviets. Por consiguiente, todo el CC, todo el partido y toda la República obrera y campesina han reconocido la necesidad de poner sobre el tapete el problema del burocratismo y de la lucha contra él. ¿Dimana de ahí una «retractación» del IX Congreso del partido? No. En eso no hay retractación alguna. Los acuerdos sobre la militarización del trabajo, etc., son indiscutibles y no tengo la menor necesidad de retractarme de mis burlas acerca de las invocaciones a la democracia por parte de quienes combatían esos acuerdos. De ahí se deduce únicamente que ampliaremos la democracia en las organizaciones obreras, sin hacer de ella, ni mucho menos, un fetiche; que dedicaremos suma atención a la lucha contra el burocratismo; que corregiremos con singular meticulosidad todo extremismo innecesario y nocivo de burocratismo, quienquiera que lo señale. Haré una observación más, la última, acerca de la pequeña cuestión del sistema de trabajo de choque y del igualitarismo. En la discusión del 30 de diciembre dije que la fórmula de la tesis 41 del camarada Trotski sobre este punto era falsa teóricamente, pues resultaba igualitarismo en el consumo y trabajo de choque en la producción. El sistema de trabajo de choque implica una preferencia, respondí yo, pero la preferencia sin consumo no es nada. El camarada Trotski me reprocha eso y me acusa de ser «extraordinariamente olvidadizo» y de «aterrorizar» (págs. 67 y 68), y me maravillo aún de que no me acuse de zigzags, de diplomacia, etc. El, Trotski, ha hecho «concesiones» a favor de mi línea igualitaria, y yo, en cambio, ataco a Trotski.

En realidad, el lector que se interesa por los asuntos del partido dispone de documentos exactos de éste: la resolución de noviembre del Pleno del CC, punto 4, y las tesis-plataforma de Trotski, tesis 41. Por muy «olvidadizo» que yo sea y por muy buena memoria que tenga el camarada Trotski, es un hecho que la tesis 41 contiene un error teórico que no figura en la resolución del CC del 9 de noviembre. Esta resolución dice: «Al reconocer la necesidad de conservar el principio del trabajo de choque³ en la aplicación del plan económico, el CC, completamente solidario con la resolución de la última Conferencia de toda Rusia (o sea, la de septiembre), considera necesario pasar paulatinamente, pero con firmeza, al igualitarismo en la situación de los distintos grupos de obreros y de los sindicatos respectivos, fortaleciendo sin cesar la organización de todos los sindicatos». Está claro que eso va dirigido contra el Cectrán y que es imposible interpretar de otra manera el sentido exacto de dicha resolución. El sistema de trabajo de choque no se anula. Subsiste la preferencia concedida (en el cumplimiento del plan económico) a la empresa, el sindicato, el trust y el departamento de choque; pero, al mismo tiempo, «la línea igualitaria», que no defendió «el camarada Lenin», *sino que aprobaron la Conferencia del partido y el CC, es decir, todo el partido*, exige con claridad: *pasar* al igualitarismo de manera paulatina, pero con firmeza. Que el Cectrán no ha cumplido esta resolución de noviembre del CC se ve por el acuerdo de diciembre del CC (adoptado a instancias de Trotski y Bujarin), en el

3. Trabajo de choque: Sistema de trabajo ordenado en las situación extrema derivada de la guerra civil.

que se recuerdan de nuevo «los principios de la democracia normal». El error teórico de la tesis 41 consiste en que en ella se dice: en la esfera del consumo, igualitarismo; en la esfera de la producción, sistema de trabajo de choque. Esto es absurdo desde el punto de vista económico, pues implica un divorcio entre el consumo y la producción. Yo no dije ni pude decir nada semejante. Si una fábrica es innecesaria, debe cerrarse. Hay que cerrar todas las fábricas que no sean absolutamente necesarias. Y entre las absolutamente necesarias, hay que dar preferencia a las que sean de choque. Por ejemplo, hay que dar preferencia al transporte. Eso es indiscutible. Pero que esa preferencia no sea excesiva, y como el Cetrán la tuvo en exceso, la directriz *del partido* (y no de Lenin) es: *pasar paulatinamente*, pero con firmeza, al igualitarismo. Si después de la sesión plenaria de noviembre, que adoptó un acuerdo exacto y teóricamente acertado, Trotski publica un folleto fraccional acerca de «las dos tendencias» y en la tesis 41 propone su fórmula, que es errónea desde el punto de vista económico, que se culpe a sí mismo.

Publicado los días 25 y 26 de enero de 1921, en un folleto editado por la Sección de Prensa del Soviet de diputados obreros, campesinos y soldados rojos de Moscú.

T. 42, págs. 264-304.